

En lo que a Oriente se refiere, Octavio Paz nos ofrece una nutrida selección (pp. 191-248) de poemas de la lejana China y del Japón (desde luego no traducidos de las lenguas originales). Está la tríada capitolina de la poesía Tang—Wang Wei, Li Po y Tu Fu—junto al más tardío Su Tung-p'o. Están —perfectamente trasladadas en el mismo esquema métrico del modelo— las más bellas muestras del haikú y de la tanka japoneses en acertado florilegio. Es un auténtico acto festivo leer estas preciosas composiciones orientales en la creativa y respetuosa, aunque no directa, versión del poeta mexicano.

Libro, en resumen, de riquísimo contenido, *Versiones y diversiones* es, posiblemente, una de las obras más hermosas de Paz, de ese perpetuo espigador de la belleza que es amor, que es imaginación, que es libertad, a lo largo y a lo ancho de la literatura universal.

Si *El arco y la lira* no se hubiera publicado jamás, si *Conjunciones y disyunciones* no hubiese visto nunca la luz, si *Ladera Este* no hubiese sido más que un futurible en la mente de su autor, bastaría al lector encontrarse con *El signo y el garabato* o perderse en el ameno laberinto de *Versiones y diversiones* para darse cumplida cuenta de que había topado con una voz importante. Ello nos habla por sí solo de los méritos innegables de Octavio Paz, autor *à la mode*, sí, pero también una de las plumas mejor dotadas del panorama literario en español, a este y al otro lado del océano.—LUIS ALBERTO DE CUENCA (*Don Ramón de la Cruz*, 28. MADRID-1).

ESTUDIOS SOBRE MAHLER, de Federico Sopeña Ibáñez, 112 páginas, Servicio de Publicaciones del Ministerio de Educación y Ciencia, 1976.

Gustav Mahler, el cantor de la decadencia, como lo llama Andrés Ruiz Tarazona, representa en nuestra vida contemporánea una de las expresiones más complejas y representativas de las ansiedades y pasiones que alberga el hombre de nuestro tiempo. Judío convertido al catolicismo, torturado profeta de sus propias pérdidas, forastero en busca de estabilidad y aceptación, inseguro hasta la obsesividad, demagogo hasta la ternura, desdichado y clarividente, Mahler quinta-esencia los aspectos más perdurables del habitante de este siglo: la contradicción más honda en la búsqueda más obcecada de sentido y de plenitud. Cuando en la música de Gustav Mahler lo sublime cabalga en medio de un tropel de vulgaridades, cuando lo metafísico se insinúa en medio de lo profano, cuando lo popular y simple asoma

entre los acordes intelectualizados y exquisitamente elaborados, allí mismo sabemos que este hombrecito, paciente e impaciente, desolado y cálido, terrible y dulce, es un protagonista de los temores, de las angustias y de los triunfos del hombre del siglo XX. Y si esto fuera poco, toda la inquietante relación de Gustav Mahler con la sexualidad y la muerte sería suficiente testimonio de que nos encontramos con un contemporáneo de nuestros propios interrogantes y nuestros propios estremecimientos. Theodor Reik recuerda en sus *Variaciones psicoanalíticas sobre un tema de Mahler* que «la preocupación de Mahler sobre el tema de la muerte no era el final, sino el comienzo de la crisis emocional que se presenta en sus sinfonías. En otras palabras, los problemas de la vida, del amor, del éxito y el fracaso, de la felicidad y de la fama son abordados desde el punto de vista de la muerte». Y desde allí, desde esa particular vicisitud con la muerte; desde esa «estructura de desolación» —como la llama Sopena Ibáñez—; desde ese «ingrato, extraño y eterno» trabajo de creador vertebralmente conflictuado, desde allí mismo, Gustav Mahler arranca ese humanismo tenso y prójimo que lo lleva a una religiosidad creciente. Como lo dice Sopena Ibáñez, «muerte y resurrección, puñal sobre el mundo y tentación de abandonarlo, sensibilidad extrema para el sufrimiento, vitalidad contra el destino, Mahler nos hace querer mejor a Schubert, pero, atención, nos hace extremar también lo que puede haber de vida en lo vulgar que él trasciende: para él, los vales, las marchas militares, y para nosotros la mismísima canción callejera. No se trata, por favor, de la visión wagneriana de «El arte como religión», no: no hay sucedáneo de dogma ni de culto, sino una máxima tensión de lo humano como misterio en sí». Estas significativas palabras de Sopena Ibáñez ubican en su emocionalidad más directa las razones que intentábamos señalar para justificar esta opción y este comentario. Nos sentimos contemporáneos de Mahler porque él, con su mundo inclemente y misterioso, desasosegado y nocturno, habitado de emociones ocultas y explosivos festejos, nos hizo sus contemporáneos. Un hombre, un creador, que podía decir «yo tengo miedo al amor» (*Memories and Letters*, New York, 1946), o decir, mientras miraba desde el balcón de su nueva casa los prados y el lago: «Es demasiado hermoso. Uno no debiera permitirse tanto» (Natalie Bauer-Lechner, *Erinnerungen*, Viena, 1923) tocaba, sin duda, aspectos neuróticos de los hombres de este tiempo, en su sensibilidad más descarnada y en su inseguridad más orgullosa. Recuerdo que cuando visité su tumba en Viena, en el encantador y entrañable cementerio de Grinzing —un cementerio casi de cuento de hadas, para un hombre devastadoramente humano!— pensé en que Mahler murió una noche de intensa

tormenta, como un final coherente con su tormentosa vida, pero que ese dulcísimo cementerio—donde por propio deseo del maestro, el epitafio era sólo este: Mahler— tenía más que ver con el músico más admirado por el autor de *La canción de la tierra*: con Mozart. Porque fue diciendo: «Mozart, Mozart...», que Mahler se despidió de este mundo, agonizando una vida que nos incluye y nos participa. Y como bien lo recuerda Andrés Ruiz Tarazona, el mismo Mahler había dicho: «Quienquiera que venga buscándome sabrá quien fui. Los demás no necesitan saberlo.» Y es desde este hombre que don Federico Sopena Ibáñez traza su excepcional estudio. Que Sopena Ibáñez es un mahleriano hondo creo que nadie puede ya ponerlo en duda. Don Federico conoció a Mahler, según cuenta, a través de *Um Mitternacht*, canción que le ayudó a conocer, en diciembre de 1944, Carlota Dahmen, en una fiesta en su casa. Desde aquel momento, Mahler, junto a Rilke, comenzaron a transitar su espíritu y a darle la fuerza moral que esos dos gigantes pueden generar en un hombre abierto y decididamente integrador. Luego la historia, la pequeña historia que tiene que ver con los descubrimientos y las novedades, hizo lo suyo, y Sopena Ibáñez trazó ese su itinerario mahleriano, confundiendo—bien confundiendo— autobiografía y doctrina. Por eso leer estos *Estudios sobre Mahler*, es decir, convivir estos estudios—en el sentido de vivirlos con él— son un gratificante y musical tránsito por las vivencias de «un ángel luminoso», como hubiera dicho Visconti si la censura se lo hubiera permitido, en la canción de ese film inolvidable que es «Muerte en Venecia». Sopena Ibáñez nos lleva de la mano por un mundo que siendo de Mahler es evidentemente el suyo: sus alegrías, sus frustraciones, sus estremecimientos más viscerales, sus ojos puestos a ser estrellas, sus melodías largas, ondulantes, articuladas, su pasión por la tierra y su necesidad de un cielo (¿reflejo?, ¿opción?, ¿espejo?, ¿verdad?), todo lo de Sopena es mahleriano, como mahleriano es su amor a la libertad y al espacio de la libertad. Por eso sus estudios—sabios, inteligentes, idóneos— tienen a su vez el latido y la emoción de un corazón revuelto. Pisan la tierra—como lo hubiera querido el viejo don Antonio—, pero andan por las alturas, integrando esencialmente el humanismo de un soñador con el realismo de un humanista. «Alguno me dice que todavía es válida esa *Introducción a Mahler: si se agota es que muchos me quieren*»—dice Sopena Ibáñez, entrañablemente. ¿Y quién puede resistir la tentación de querer a un hombre que transita los *lieders*, las casi diez sinfonías y *Las canciones de los niños difuntos* con la misma pasión y el mismo amor lúcido? ¿Cómo cree usted, don Federico Sopena Ibáñez, que podemos reaccionar los mahlerianos—si usted me admite la

puntualización fanática—frente a ese desarrollo generoso donde la cita de Kafka *Amor no terrenal por las cosas terrenas* enmarca su propia actitud, envolviéndola y trascendiéndola? En *Das lied von der Erde*, Mahler pone música en un momento a estos versos: *Mein Herz ist müde* («Mi corazón está cansado»). ¿No estamos, don Federico, todos cansados con Mahler, al lado de Mahler, junto a él? ¿No estamos a la vez hambrientos de plenitud como él? ¿Cómo, entonces, no quererlo, si usted nos ayuda a penetrar ese mundo, a habitar esas instancias del corazón, a comprender ese mensaje que es a la vez el suyo? Porque ese hermanísimo creador puede decir, más allá de las vicisitudes y los conflictos, más allá de lo terrible y lo hermético, más allá de lo fatal y lo premonitorio, puede decir, digo, *Ach, wie ist die Welt so schön!* («¡Ah, qué hermoso es el mundo!»). Y cuando Mahler dice, con palabras y con corcheas, este mensaje—quizá el más definitivo de todos—, usted, don Federico Sopena Ibáñez, sabe que ese es nuestro mensaje, el de los que amamos la música de Mahler, el religioso y humano mensaje de un hombrecito dolido y gigantesco. Por eso, don Federico, gracias por lo suyo. Para todo ser interesado en la música de Gustav Mahler, su libro es de lectura obligatoria y fuente de riqueza musicológica y humana. Por esa simbiosis entre un músico que nos representa y un estudioso que lo re-crea vitalmente. Por ese misterio que cantó Mahler y que usted nos recuerda. Como Toledo, que usted cita desde un cigarral, «custodia para todos los misterios», su libro custodia el misterio Mahler y lo transmite.—ARNOLDO LIBERMAN.

ELIZALDE, Ignacio: *Personajes y temas barojianos. Premio Guipúzcoa, 1974*. Ed. Publicaciones Universidad de Deusto (Bilbao) y Castalia, Madrid, 1975, 280 pp.

Entre los libros que se han publicado últimamente sobre Baroja merece un lugar primordial el del profesor Ignacio Elizalde, hecho con rigor científico y con gran conocimiento del autor, apoyando siempre sus afirmaciones en citas del novelista vasco. Constituye una valiosa aportación al estudio del mayor novelista español del siglo XX. Por eso mereció el premio «Guipúzcoa», de ensayo.

Con ocasión de su centenario salieron a luz pública interesantes estudios, que aportaron nuevos datos y aspectos importantes para el conocimiento de esta importante figura del 98. Entre otros, merecen subrayarse *Los Baroja*, de Julio Caro Baroja; *Pío Baroja y la historia*,